



Cuaderno
de bitácora

ZONA CATASTRÓFICA

de Ignacio del Moral



Oscar Sinela y Paulina Ventura en un momento de la representación.

Hace bastantes años (pueden ser 15, si no más), y tras el pase por televisión de *Nacido el 4 de julio*, una famosa película de Oliver Stone protagonizada por Tom Cruise, se publicó en *El País* una carta que llamó poderosamente mi atención: la remitía un joven que desde hacía años había perdido el uso de las piernas, y tenía que desplazarse en silla de ruedas. El joven en cuestión, de nombre Gustavo, manifestaba su malestar por la manera en que en las películas se mostraba siempre la realidad de los parapléjicos como seres patéticos y acabados. En su carta, Gustavo trataba de deshacer ese tópico, y hablaba de su propia vida y su capacidad para divertirse, disfrutar, amar, crear..., se rebelaba, en suma, contra la piedad.

Como me ha pasado en otras ocasiones (varias de mis obras han nacido así, de la lectura de alguna noticia ar-

tículo de la prensa), esta carta, que debo conservar por ahí, me impresionó profundamente, y pensé que Gustavo podía ser un estupendo personaje para una obra.

Así que me puse manos a la obra, como siempre sin pensar mucho, soltando en el escenario a mi personaje y dotándolo del discurso que yo infería de la lectura de su carta, y proporcionándole una familia y una amante, a ver qué pasaba.

Por lo general, lo que mueve la escritura de mis obras no es el deseo de ilustrar un tema o una idea, sino explorar el comportamiento de unos personajes en unas circunstancias dadas. El tema es subyacente, y, en todo caso, aflora durante la escritura. Cuando dicen que mi obra *La mirada del hombre oscuro* es una obra sobre el racismo, es cierto, pero no fue escrita para hablar de ese tema, sino

como respuesta a una pregunta de contenido puramente dramático —que surge, por cierto, tras la contemplación de una foto en la prensa—: ¿cómo reaccionaría una familia de clase media-baja de los 80 si se encontrara un naufrago africano en la playa? Son los personajes, sus reacciones en situaciones más o menos extraordinarias, así como las relaciones entre ellos, lo que me interesa, lo que tira de mí como dramaturgo. Mis preocupaciones como ciudadano están, lógicamente, al fondo, y emergen de forma casi inconsciente y seguramente inevitable durante la escritura.

Digo todo esto porque lo que se planteaba como una exploración de la conducta y emociones de Gustavo (así llamé al personaje de mi obra), su relación amorosa con la chica que viene a limpiar su casa, de la que acaba siendo amante, y las reacciones de su conservadora familia al respecto, acabó siendo una obra sobre la familia, o al menos así lo han visto quienes han asistido a su representación.

Pero hay algo en esta obra que la distingue de otras que yo había escrito antes: y es que desde que la empecé a escribir, hace por lo menos 14 años, hasta que la acabé, hace más o menos dos, han pasado unos 12 años. Es cierto que estuvo mucho tiempo arrinconada, pero en estos años nunca dejé de pensar en ella, de darle vueltas, de volver periódicamente a intentar retomarla. En aquel primer empujón de hace tantos años escribí el primer acto, que apenas he tenido que retocar, salvo las actualizaciones derivadas de cosas como la aparición en nuestras vidas de los teléfonos móviles o Internet. Asimismo, el personaje de Marisa, la asistente, se convirtió en una inmigrante, al hilo de los cambios sociales acaecidos en esta década larga... Lo cual añadió un nivel más de conflicto a la historia original. Por lo tanto es, con mucha diferencia, ya que por lo general escribo mis obras casi del tirón, la obra que más tiempo me ha llevado escribir.

¿Por qué tardé tanto en escribirla? ¿Qué me impidió acabarla en su momento? No lo sé muy bien. Sin duda, mi forma de escribir, en la que no hago planes previos y dejo que los personajes me vayan dejando descubrir sus facetas y secretos, resulta a veces poco práctica y me expone a estas situaciones: son varias las obras que tengo empezadas, con primeros actos completos, pero sin continuación. Tal vez sea esa la causa, pero intuyo que no.

Cuando me decidí, ya de forma resuelta, a continuar con la escritura, vi que en realidad no era tan difícil. Había dejado un primer acto que acababa bastante «en punta» (como muchas de esotras obras, esta tiene una estructura muy tradicional, aunque su contenido ha sido bastante escandaloso para algunos: incluso la han calificado de «brutal»), de manera que no había sino que seguir. Y seguí, pero me di cuenta de que probablemente no habría podi-

do continuarla doce años atrás. No estaba preparado para ello. La obra necesitaba un autor con algunos años más que el que la empezó. Ese fue mi descubrimiento esencial.

El resultado fue una reescritura parcial del primer acto, y un segundo acto con el que la di por terminada, con un final más o menos feliz, aunque agri dulce. Pero cuando se la envié a quien suele ser el primer lector de mis textos, Ernesto Caballero, me dijo que no podía darla por terminada, que había mucho más que contar.

Y era cierto. Había que seguir más a esos personajes, bucear más en sus abismos... y entonces descubrí más secretos, y la obra se fue convirtiendo en la descripción compasiva de un oscuro laberinto donde vagan unos seres desamparados, entre los cuales el que va en silla de ruedas no es el más discapacitado. Una obra que sus diferentes lectores han encontrado más triste y demoledora de lo que yo supuse que era.

Sí, puede que *Zona catastrófica* sea una obra sobre la familia. No fue esa mi idea. Yo hablaba de esos personajes, de esa familia. De sus lazos de amor y dependencia, de sus luchas por el poder afectivo, los rencores, los silencios, los pecados y la desesperación por la dificultad de amar.

Curiosamente, y a pesar de que a mí la obra me gustaba bastante (no mucho: ninguna de mis obras me gusta lo que se dice mucho), pasó bastante tiempo antes de que alguien se interesara por ella: es una de las pocas obras que he enviado a directores, e incluso a empresarios, y he obtenido por respuesta ese silencio desazonante que tan bien conocemos los autores.

Finalmente, fue Luis Maluenda, a quien se la envié cuando se puso en contacto conmigo para pedirme algún texto, el primero que mostró un sincero entusiasmo. A partir de ahí, se puso en marcha todo el proceso. Al hilo de las lecturas-ensayos, solicité hacer cambios, cortes, alteraciones, que la compañía aceptaba con ejemplar resignación. También en eso esta obra ha sido diferente, ya que no he seguido modificándola al hilo de los ensayos.

Y después vino el estreno, y los bolos, y las reacciones del público y... En fin, lo que haya de pasar es otra historia.

Hace algunos días, Luis me mandó una crítica aparecida en Zaragoza. Y me pasó una cosa: el título de la crítica me pareció estupendo para la propia obra. Tanto es así, que estoy pensando pedirle permiso al crítico para usarlo: La llamó «Vivir, amar, odiar». ■

NOTA: *Zona catastrófica* fue estrenada en septiembre de 2009, dirigida por Luis Maluenda e interpretada por Óscar Sinela, Pepa Sarsa, Nahia Lahiz y Paulina Ventura.

Zona catastrófica

[fragmento]

Acto primero

Cuando se ilumina la escena, vemos a Gustavo sentado tras su mesa de trabajo, sobre la que destaca un monitor de ordenador, papeles, etc. La cosa no tendría nada de particular si no fuera porque, sentada a horcajadas sobre él, y dándole la cara, está MARISA, otro importante personaje de nuestra historia, y por sus expresiones y los sonidos que emiten, no dejan lugar a dudas sobre la actividad a la que están entregados. Por lo que nos es dado ver, los dos están vestidos, aunque en el centro de la habitación están los pantalones y calzoncillos de GUSTAVO y, coronando el monitor del ordenador, las bragas de MARISA. Nuestra mirada sorprende los últimos instantes del encuentro. GUSTAVO emite un gruñido de satisfacción y se relaja. MARISA se mueve algo sobre él, y finalmente se relaja también, permaneciendo unos instantes inmóvil, abrazada a él, recobrando el aliento, hasta que, finalmente, hace ademán de ir a levantarse. GUSTAVO se lo impide, reteniéndola y abrazándola. Permanecen unos instantes en silencio.

GUSTAVO. No te vayas.

MARISA. Mmmh...

GUSTAVO sonríe, y, utilizando un mando a distancia que hay sobre la mesa, pone en marcha un equipo de sonido. Una música bailable inunda la habitación, y de pronto vemos cómo la silla sobre la que ambos han estado disfrutando se separa de la mesa y, rodando sobre sus grandes ruedas, se desplaza por la habitación, expertamente conducida por GUSTAVO, que la hace girar y recorrer el cuarto vertiginosamente, riendo. Se trata de una silla de paralítico. Ríe también MARISA. Abrazados sobre la silla de ruedas, GUSTAVO, con las piernas desnudas y MARISA (con falda), sentada sobre él, componen un extraño cuadro. Cuando la música se torna algo más lenta, GUSTAVO detiene la silla y abraza a MARISA. Esta suspira y hace de nuevo ademán de levantarse.

GUSTAVO. No, aún no.

MARISA. No puedo quedarme aquí toda la mañana.

GUSTAVO. ¿Por qué no?

MARISA. Quedan muchas cosas por hacer todavía. Además, tengo que irme pronto hoy. Suéltame, anda. Me haces daño.

GUSTAVO la suelta, y MARISA deshace el lazo de carne que aún les unía. En el momento de levantarse, con gesto rápido, le quita a GUSTAVO el preservativo que llevaba puesto. Queda GUSTAVO semidesnudo y sentado en su silla de ruedas, viendo a MARISA desplazarse por la habitación.

MARISA es una mujer de unos 29 años, morena, de rasgos y acento caribeños.

Con el mando a distancia, GUSTAVO apaga la música.

La chica, con gestos algo mecánicos, saca un pañuelo de papel de un bolso y, metiendo la mano bajo su falda, se limpia.



Óscar Sinela y Paulina Ventura en un momento de la representación.

Luego, llevando en la mano el pañuelo, en el que ha envuelto el preservativo, entra en el baño.

Oímos caer el agua del retrete, y luego un grifo.

En seguida, una pequeña exclamación, y sale MARISA.

MARISA. ¡Uuuuh, siempre se me olvida lo fría que sale el agua en esta casa!

GUSTAVO. Espera un momento; se calienta en seguida.

MARISA. ¿Dónde dejé las bragas?

GUSTAVO se las muestra. MARISA trata de arrebatarárselas, y juegan un rato, hasta que ella desiste, divertida.

MARISA. Pero mira que te gusta jugar. Te advierto que no pienso irme a casa sin bragas.

GUSTAVO. Mejor. Quédate aquí.

MARISA. No puedo; de verdad.

Desaparece MARISA nuevamente en el cuarto de baño.

GUSTAVO se aproxima al baño y se queda mirando hacia el interior.

MARISA. (Voz.) Pero, bueno, ¿qué estás mirando? ¿También quieres ver cómo me lavo?

GUSTAVO. Me gusta.

MARISA. (Voz.) Pero mira que eres guarro. (Sale del baño con una toalla en la mano, con la que se termina de secar las piernas.) Gustavo, por favor, deja de mirarme. Me pones nerviosa.

GUSTAVO. ¿Cuándo me lo vas a decir?

MARISA. (Inquieta.) ¿El qué?

GUSTAVO. Lo que sea. Algo pasa, ¿no?

MARISA. ¿Por qué lo dices?

GUSTAVO. Porque no quieres que te mire.

MARISA. Es que me pone nerviosa que te quedes ahí quieto, sin hacer nada y mirándome.

GUSTAVO. Antes no te importaba.

MARISA. Ni ahora tampoco. Puedes mirarme todo lo que quieras.

GUSTAVO. Ya. *(Se acerca a la ventana y mira al exterior.)*

MARISA. A ver si te vas a acatarrar, que esa ventana no cierra muy bien. *(Tras una pausa.)* Por cierto, hoy es viernes. No te queda más que un litro de leche. Si quieres, antes de marcharme, te traigo un par de litros para el fin de semana.

GUSTAVO. Ya te he oído antes decirme que es viernes; no hace falta que me lo repitas con indirectas.

*GUSTAVO rueda hasta su mesa, y de un cajón saca una cheque-
ra. Rellena un cheque.*

GUSTAVO. ¿Qué día es hoy?

MARISA. Dieciocho.

GUSTAVO arranca el cheque y se lo da a MARISA, que lo guarda en su bolso, no sin comprobar la cifra. Hay un silencio incómodo, durante el cual GUSTAVO mira trajinar a MARISA. Luego, se dirige a la cama, sobre la cual la chica ha dejado sus pantalones y calzoncillos. Coge los calzoncillos y, con dificultad, dado que no puede mover las piernas, empieza a ponérselos. MARISA repara en sus esfuerzos y se acerca a él.

MARISA. Trae, anda.

GUSTAVO. Déjame.

Y prosigue con su lucha contra el calzoncillo. MARISA le mira hacer, conmovida ante la evidente dificultad que experimenta. Tras unos instantes, se sienta en la cama y habla, mirándose las puntas de los dedos.

MARISA. Es la última vez que vengo.

GUSTAVO. ¿Qué?

MARISA. Que es la última vez que vengo.

GUSTAVO. Ya, ya te había oído. Pero ¿por qué? ¿Te has mosqueado por algo? Si es por lo de antes, perdona. Bueno, por lo que sea, perdona, de verdad.

Su tono, que empieza siendo trivial, va adquiriendo ansiedad a medida que no obtiene respuesta de ella.

GUSTAVO. Oye, que no quería decir nada..., es sólo que ya sabes que siempre me resulta un poco violento lo del dinero... Ya sé que a ti no te importa, pero... No lo dices de verdad, ¿no? Ya verás cómo el fin de semana se te pasa el enfado. Además, el lunes tengo que ir al dentista, y ya sabes que sin ti me cago de miedo... Pero, bueno, ¿por qué? ¿He hecho algo malo? ¿Te he dicho algo? Por favor, Marisa, no me jodas... Yo creo que hasta ahora nos hemos llevado bien... ¿Te ha salido otro trabajo? No lo cojas, yo te pago igual... Marisa, joder, yo me he acostumbrado a ti, no me puedes dejar colgado... ¡Pero dime algo, coño!

MARISA. No puedo seguir haciendo esto. No está bien.

GUSTAVO. ¿El qué?

MARISA. Ya sabes qué.

GUSTAVO. ¿Qué tiene de malo? Somos amigos, ¿no? ¿Qué tiene de malo un polvo de vez en cuando? Ya lo hemos hablado. Las cosas se han ido liando, y ahora son como son.

MARISA. Entonces, ¿qué soy? ¿Tu novia?

GUSTAVO. Yo te propuse serlo, y no quisiste.

MARISA. ¿Para qué? ¿Para hacer lo mismo pero sin cobrar? Oye, no puede ser. No puede ser.

MARISA empieza a recoger sus cosas, esquivando la mirada de GUSTAVO. Pausa.

GUSTAVO. Hay alguien, ¿no?

MARISA sigue recogiendo.

GUSTAVO. ¿Hay alguien? Di, ¿hay alguien?

MARISA asiente.

GUSTAVO. ¿Quién?

MARISA. Un hombre.

GUSTAVO. Un hombre, ya. ¿Eso qué quiere decir?

MARISA. Pues eso, que hay un hombre. Que he empezado a salir con un tío, y me gusta, le quiero, y quiero ir en serio con él, y no puedo estar viniendo los martes y los viernes a follar contigo. Hoy me ha traído él en su coche. Me ha dejado en la puerta. Si se enterara de esto...

GUSTAVO. Mándale a tomar por culo. ¿Cómo se llama ese cabrón?

MARISA. No es ningún cabrón.

GUSTAVO. ¿Te acuestas con él?

MARISA. Es el hermano del marido de mi hermana..., es de mi país, pero lleva quince años aquí. Tiene un negocio. Le va bien. Es un buen hombre.

GUSTAVO. ¿Te acuestas con él?

MARISA. Me gusta. Es un tío muy normal, me lleva, me trae... le gusta bailar, ir al cine, y se está comprando un piso. Tiene un grupo de amigos de aquí. Conozco a algunas de sus novias. El otro día fuimos a la boda de uno de ellos. Juega al fútbol... Quiere tener niños, y es el padrino del hijo de mi hermana. Lleva la foto del crío en la cartera, y una vez nos lo llevamos al zoo. Se pasó la mañana con el chaval sobre los hombros, y se reía como un loco cuando los monos empezaban a hacer porquerías delante de todo el mundo.

GUSTAVO la escucha en silencio.

MARISA. Ve películas de kárate y si hay partido por la tele no puedo contar con él. Un tío normal.

GUSTAVO. Normal, claro.

MARISA. Sí, normal, ¿qué pasa? ¿Es un pecado ser normal?

GUSTAVO. No. Es un pecado jugar al fútbol.